

## **LA MASACRE DE LA ESCUELA SANTA MARIA. ALGUNOS COMENTARIOS**

**Hernán Soto.** 19 de Enero 2007. Museo Benjamín Vicuña Mackenna

Dentro de once meses y dos días, el 21 de diciembre, se cumplirán cien años de la masacre de la Escuela Santa María de Iquique. Una fecha de gran importancia en la historia del movimiento obrero que marca también de modo indeleble a la oligarquía, al capital extranjero y a los militares responsables de ese y otros crímenes que oculta la historia oficial.

Esta reunión es una iniciativa conjunta del Centro Luis Emilio Recabarren y del Museo Vicuña Mackenna por medio de nuestro buen amigo, su director, el historiador y académico Sergio Grez cuya participación queremos destacar especialmente.

Sentimos que este acto es ya parte de los muchos que se realizarán en Chile este año. Debe ser, en primer lugar, un homenaje a los caídos de Iquique, en su mayoría chilenos, que se hermanaron con obreros peruanos, bolivianos y argentinos en el trabajo y la lucha común que los llevó a la muerte.

Como preámbulo a las intervenciones de Iván Ljubetic y Sergio Grez, quiero hacer algunos comentarios que tienen más de inquietudes que de afirmaciones inamovibles, más de opinión que de verdades establecidas.



*Grupo de Obreros dirigiéndose a la Escuela Santa María, 1907*

El primero se relaciona con el silencio. La masacre produjo horror tan pronto como se conoció. En algunas semanas o meses quedó aclarada hasta en los detalles. Hubo denuncias terribles: en la prensa obrera, en el Congreso, en los escritos de Nicolás Palacios y más tarde en los de Alejandro Venegas, Valdés Canje. Después se impuso el silencio. No hubo repercusiones significativas en la cultura oficial, mientras la memoria se refugiaba en el pueblo. “El canto a la pampa” sobrevivió convertido en himno funeral. No fue la masacre “el gran tema” que conmoviera a la sociedad. No lo tomaron los novelistas, ni los poetas más conocidos. Hubo excepciones, como Andrés Sabella, hasta que en 1952 apareció Hijo del Salitre,

novela de Volodia Teitelboim en que la masacre revive en la memoria del joven protagonista. Fueron los historiadores de izquierda los que empezaron a recuperar terreno, entre ellos Luis Vitale, Julio César Jobet y Hernán Ramírez Necochea que hicieron aportes sustanciales que han continuado en obras como las de Eduardo Devés y otros especialistas. A fines de los años 60, la Cantata de la Escuela Santa María de Iquique de Luis Advis y el Conjunto Quilapayún se instaló en la sensibilidad colectiva donde ha permanecido. Hace poco tiempo, “Santa María de las flores negras” novela de Hernán Rivera Letelier fue otro hito. Pero todo eso no cambia el hecho de que más o menos desde 1915 a 1951-52 hubo un gran silencio, una suerte de amnesia profunda. Las razones no son claras. Aparte del lugar común de la mala memoria nacional, pueden avanzarse varias hipótesis. Una de ellas es tal vez el mismo salvajismo de la represión cegó y silenció la memoria de los hechos pasado el primer impacto brutal. Es posible que así haya ocurrido. Otra hipótesis, es que la matriz anarquista en que se desarrolló la huelga encabezada entre otros por José Briggs y Luis Olea – y su desastroso final quedó tan dañada que fue reemplazada a los pocos años por otra ligada a la FOCH y al Partido Obrero Socialista que no tenían cercanía vivencial con lo sucedido. Puede ser. Hay sin embargo, otra posibilidad seguramente muy pequeña. Que el silencio haya sido menos absoluto y que todavía existan huellas que no han sido recogidas: décimas desperdigadas en versos populares, obras de teatro que alguna vez representaron casi a escondidas, en canciones tristes y en himnos de rebeldía. Pudiera ser. Esperemos.

Otra oscuridad la constituye el número de víctimas de la masacre en la Escuela Santa María. Permite que se barajen diversas cifras. Algo que es común prácticamente a todas las matanzas de obreros, indígenas y campesinos ocurridas en el siglo XIX y hasta los años 30 del siglo pasado. Censura, ocultamiento y falsificación fueron la norma. Pero es razonable que fueran muchas más de lo que se acepta generalmente. En el libro “La tiranía en Chile”, escrito entre 1928 y 1929, por Carlos Vicuña Fuentes éste sostiene que hubo 700 muertos en la Escuela y en la plaza, caídos bajo las balas de los soldados mandados por el general Roberto Silva Renard a quien califica de “*miserable bandido*”. Sin embargo es posible que hayan sido bastante más. La densidad de la muchedumbre ametrallada, el tipo de armamento usado, el número de soldados que actuaron, los heridos que murieron por falta de atención y la previsible represión de las horas siguientes deberían considerarse. En la plaza y la escuela había varios miles de personas, trabajadores, mujeres y niños, que fueron baleados con fuego de fusilería de cientos de soldados y ráfagas de dos ametralladoras durante varios minutos. Las balas atravesaron cuerpos, tabiques, paredes y hasta árboles. Un alto número posiblemente murió por falta de atención. La plaza fue despejada por lanceros a caballo. Los sobrevivientes fueron llevados al ferrocarril para ser devueltos a la pampa. Otros fueron conducidos a los barcos que los trasladarían al sur. El altamente probable que los soldados mataran a los rendidos que parecían revoltosos y a los que protestaban contra el crimen y que los marinos fondearan a muchos. Se trataba de un escarmiento. Los fusilamientos de los prisioneros fueron utilizadas en las masacres de San Gregorio y La Coruña, años después. Y son un patrón que se repite y no se olvida por parte de los militares.

Es verosímil, entonces que la cifra real de muertos en la matanza de la Escuela de Santa María y en las horas y días siguientes se acerque más a la que se conserva en el imaginario popular que las que han podido ser demostradas por los historiadores.



*Huelga en Plaza Montt, Iquique. 21 de diciembre 1907*

El segundo orden de observaciones tiene que ver con las responsabilidades. Descartemos a los soldados y marineros que fueron autores materiales, instrumentos de órdenes inicuas. Mataron porque les habían entrenado para hacerlo. No tienen absolución en cambio, el general Roberto Silva Renard, responsable directo. Pudo haber retirado las tropas, pudo no haber matado a nadie y lo hizo deliberadamente. Se cubrió de vergüenza para siempre y su recuerdo debiera ser borrado por el Ejército que aún lo distingue. Para Silva Renard, los trabajadores debían ser dóciles y sumisos. La huelga salitrera amenazaba la soberanía porque en el extranjero se diría que el gobierno era incapaz de mantener el orden. Para Silva Renard, la paz social que equiparaba a la tranquilidad de los sectores acomodados valía más que la vida de los trabajadores. Las huelgas debían reprimirse a toda costa. Los que conocían bien al general podían anticipar como terminarían las cosas y, por eso mismo lo hicieron regresar a Iquique a cargo de las fuerzas armadas. También el presidente de la República, Pedro Montt, fue uno de los responsables principales. Se sometió a los intereses de la oligarquía y a las conveniencias de los empresarios ingleses que controlaban el salitre. Pedro Montt hizo suyos, además, los miedos de las clases altas que veían en los trabajadores y en los pobres, sin distingos un peligro aterrador que había que sofocar a sangre y fuego. En los años inmediatamente anteriores, habían muerto ciento de personas modestas en manifestaciones populares dispersadas a balazos. Ocurría también en otros países. En 1905, los soldados del zar habían barrido a los manifestantes que se acercaron al Palacio de Invierno a reclamar justicia. En China, tropas extranjeras habían aplastado la insurrección de los “boxers” matando a miles de chinos que se levantaron contra las potencias coloniales.

Tal vea la mayor responsabilidad recaiga sobre los salitreros ingleses, agrupados en torno a la Casa Gibas. Controlaban la producción en la pampa, donde más del 50% del salitre era resultado de la inversión de capitales británicos. En sus manos estaban los ferrocarriles que trasladaban el producto al puerto. Suyos eran los bancos que permitían el funcionamiento de la industria. La mayor parte de la producción era exportada a Inglaterra donde era distribuida a los consumidores europeos.

Su influencia sobre el conjunto de la industria en la cual también actuaban empresarios chilenos, alemanes, norteamericanos y de otras nacionalidades era determinante y también se extendía al gobierno cuyo funcionamiento dependía de

las rentas del salitre, principal fuente de financiamiento del presupuesto fiscal.

Los empresarios presionaron directamente al gobierno chileno para que aplicara mano dura y también intervinieron ante el Foreign Office y el Almirantazgo británico para que despacharan un barco de guerra a Iquique para aplastar lo que pintaban como una verdadera rebelión. El barco llegó pocos días después de la matanza. Cuando el gobierno chileno buscó una solución, los dueños de las oficinas fueron intransigentes. Nada podía discutirse mientras los trabajadores no volvieran a la pampa y reiniciaran labores. Nada más ni nada menos que la rendición incondicional.

Hay un testimonio impresionante que se conserva en los archivos ingleses. Una carta del gerente en Iquique de la firma W. and J. Lockettes dirigida a la casa matriz en Londres. Fechada el 26 de diciembre de 1907 – cinco días después de la masacre – dice: “*Pensamos que la lección que les ha dado (a los obreros, H.S.) tendrá efectos por un lapso considerable y confiamos en que podremos informar muy pronto que la situación ha retornado a su estado normal*”.

La injerencia inglesa se mantuvo casi hasta los años 30, y tuvo relación directa con las masacres de San Gregorio en 1921 y La Coruña, en 1928.

Para terminar, me interesa destacar la importancia cuantitativa de los obreros del salitre y la conciencia de clase que habían alcanzado.

En 1907, Chile tenía tres millones de habitantes. La población activa era de más o menos 1 millón 250 mil personas, de las cuales solamente el 13,5% eran obreros, es decir más o menos 170 mil trabajadores. Los obreros del salitre eran, en Tarapacá alrededor de 30 mil (se dice que 20 mil bajaron a Iquique). Antofagasta debe haber tenido a lo menos una cifra similar. Por tanto, un 35% del total de obreros existentes en Chile en ese año, eran trabajadores salitreros. Vivían y laboraban en la misma zona geográfica que aunque muy extensa permitía la comunicación entre ellos, por la red ferroviaria que conectaba las oficinas. A fines de noviembre, los trabajadores de Tal Tal conocían las peticiones que agitaban a los obreros del salitre en Tarapacá. Proporcionalmente a la población del país, la masa de obreros del salitre debe haber sido una de las más grandes concentraciones proletarias del mundo. Estaba dotada, además, de una homogeneidad excepcional, tanto en términos de idioma, costumbres y pautas culturales. Sufrían el mismo sistema de explotación, incluyendo el régimen de de pulperías, recibían bajos salarios, afrontaban pésimas condiciones de seguridad, vivían en condiciones miserables y sufrían tratos vejatorios. Al mismo tiempo, utilizaban similares modos de organización y alcanzaban un nivel de conciencia que explicaba la enorme envergadura de la huelga y el comportamiento disciplinado, responsable y tranquilo de los miles y miles de obreros que se movilizaron a Iquique.

Hay un testimonio que dice mucho sobre la conciencia del pampino. Proviene del propio general Silva Renard que escribió “*siendo el salitrero el peón más civilizado externamente (es también) el más altanero, creyéndose el productor de las riquezas explotadas por el patrón*”.

Lo más probable es que lo que a Silva Renard le chocaba como altanería fuera simplemente dignidad y orgullo de trabajador. En sus palabras hay además un reconocimiento no querido a la conciencia de clase. El obrero salitrero percibía la esencia misma del capitalismo: sabía que su trabajo producía la riqueza y que se le arrebatava una parte de ella en beneficio del patrón que lo explotaba.

De esos trabajadores altaneros fueron los asesinados en la Escuela Santa María de Iquique, a los que hoy recordamos. Los sobrevivientes fueron humillados y perseguidos. Se los borró de la historia y pareció que todo se derrumbaba para siempre. No fue así, renacieron en muchos otros que luchan en todas partes y que no están dispuestos a dejar de hacerlo a pesar de los fracasos.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)